



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

A

El Principado de Cayo Caligula en los escritos históricos de Filón de Alejandría

Autor:

Ángel Castellán

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1956 - 8, pag. 23 - 33



Artículo



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

EL PRINCIPADO DE CAYO CALIGULA EN LOS ESCRITOS HISTORICOS DE FILON DE ALEJANDRIA

POR

Angel Castellan

Ninguna de las dinastías que gobernaron el Imperio hasta el siglo III puede reclamar para sí la exclusividad del absurdo. En todas ellas, estadistas prudentes y hábiles guerreros se entremezclaron con tiranuelos delirantes y trémulos fantoches. Si sólo se tratara de un problema de decadencia, la explicación no ofrecería mayores dificultades, pero aquí, como tantas otras veces, los hechos se encargan de complicar toda ilusión de facilidad.

Inaugurado el Imperio, su tercer representante parece monopolizar todos los defectos de la dinastía: el dudoso equilibrio mental, lo desafortado de la conducta, la tendencia histriónica, el trágico fin.

Las fuentes romanas no se mostraron complacientes con Calígula; lo presentaron tal cual, en las esperanzas frustradas, en la acción arbitraria detrás de ambiciones desmedidas. Más que Nerón, el trágico farsante, más que el necio Claudio, nuestro hombre colmó la medida de los desatinos, haciéndose odioso a propios y extraños, creando conflictos donde no existían y empeñándose en excitar los ánimos para procurarse resistencias que estimularan su enfermiza imaginación en el camino de la crueldad.

Conocida la figura tradicional de Calígula a través de las señalizaciones de las fuentes históricas, pensamos que convenía, en esta ocasión, recurrir al testimonio de un hombre a quien sólo las vicisitudes de su pueblo tornaron historiador, especialmente porque su condición de contemporáneo contribuye a dar a sus escritos un sabor de crónica o diario de actualidad que falta en los historiadores que posteriormente se ocuparon del problema.

Tendremos oportunidad de ver así a Filón, el teólogo, el filósofo, el exegeta, gloria de la escuela de Alejandría, introducirse en un campo en el que no desmerece y en el que, por otra parte, su personalidad es menos conocida cuando no totalmente ignorada¹.

Proveniente, como se sabe, de un sector espiritual diverso, con una definida concepción religiosa, lo veremos anticipando interpretaciones gratas al corazón de los escritores cristianos que siglos después se ocuparon de problemas históricos.

Señalamos así en el testimonio de Filón un doble interés: el que reside en la materia misma de que se ocupa y el que deriva de su peculiar posición frente al problema de los nexos y la causalidad histórica, de la que

¹ Utilizamos la edición de FERDINAND DELAUNAY DE FONTENAY: *Philon D'Alexandrie, Ecrits Historiques (influence, luttes et persécutions des juifs dans le Monde Romain)*. Deuxième Edition, Paris, Librairie Académique Didier et Cie., 1867.

podemos extraer una concepción providencialista de la historia, como corresponde al hombre de un pueblo habituado, a través de sus conductores, a dialogar con Dios, recibir sus mensajes, seguir sus inspiraciones y acaudillar sus causas.

Este solo interés ya lo hace digno de atención, iluminando un sector de la historiografía grecorromana generalmente descuidado o absorbido por Flavio Josefo, si bien se agregan a él otros factores cuya eficacia no puede desconocerse: fluidez de expresión, estilo galano, hábil combinación de efectos literarios en el vívido cuadro de las descripciones, con capacidad para conducir al lector hasta la médula de las situaciones, haciéndole penetrar con fuerza estimulante en la dignidad de la causa que propicia.

Filón es un pragmático, pero su enseñanza reflexiva no se mueve dentro del árido esquema de la demostración. Pudiendo rivalizar en esto con Tucídides, hay en él una docencia espontánea que surge del contexto, en el que podemos movernos con facilidad, llevados de la mano por este experto pintor de caracteres, de costumbres y de hechos. Algunas de sus descripciones constituyen un buen ejemplo de estilo literario en el que la afectación deja paso a una espontaneidad lírica que nos arrastra con el dolor indignado de su pluma, con la tremante esperanza de justicia o con la serena explicación del desenlace.

Si la historia es capacidad de resurrección, vida del pasado en el presente, cabe reconocer que algunos de sus cuadros logran impregnarnos de la savia vital de sus inquietudes, con la realidad de las situaciones que describe y con la justicia de la causa que defiende. Si va a la historia a través del alegato, la intención ética no oscurece ni desvía la atención del lector a través de pesadas reflexiones. Estas llegan espontáneamente en el hilarse de los argumentos que se entretajan con la trama de la situación. Sin ignorarlas, la atención resbala sobre ellas, atraída por el colorido de la pintura que a veces se torna sinfonía en el contraste de los tonos y matices.

Conviene señalar esto para que no se crea que en Filón la historia resulta, a la manera de los estoicos, una filosofía ejemplificada en el monótono sucederse de hechos intencionalmente compaginados. La reflexión moral o la aguda observación política siguen el ritmo del relato sin los pesados excursos a que tantas veces nos somete la historiografía del período; y en lo que a exactitud se refiere, su cotejo con las fuentes romanas demuestra una coincidencia casi total.

Esto es tanto más importante si se considera que hombres como Suetonio o Tácito escribieron sobre el mismo tema bastante después que él y que, en consecuencia, su fuente inspiradora no es más que la propia y directa observación de los acontecimientos.

II

Insinuábamos más arriba que para Filón el Judío la historia se impregna de una alta significación providencial que asegura, por sobre el dolor presente, el triunfo de una justicia ineluctable. Esta creencia es para nuestro autor un motivo de consuelo porque en el planteo esa acción

reviste la forma de un equilibrio capaz de compensar las vicisitudes históricas del pueblo judío.

Por este camino podemos situarnos en el tema central de su filosofía de la historia concebida como el encuentro de experiencias cuya compensación final es la presencia de una Justicia que no por ser trascendente se manifiesta menos en la íntima trama de los acontecimientos. Inútil es que a la fuerza sustituya el tirano la traición o la malicia, porque a la postre sus manejos serán descubiertos por el ojo siempre alerta de la Providencia.

Al referirse a Avilio Flaco, protagonista de su primer escrito histórico, no deja Filón de reconocerle méritos y capacidad, de modo que resalte mejor, en lo arbitrario de su conducta, el grado de su responsabilidad. Merece algún perdón, nos dice el Alejandrino, el que hace el mal por ignorancia, pero quien lo ejecuta a sabiendas, de antemano está condenado ante el tribunal de la conciencia².

Puede deducirse de lo que sigue que quien así obra se hace pasible del castigo divino. Tal es el caso de Flaco que, a pesar de sus argucias e hipocresías, fué descubierto por Dios que “vela en los asuntos humanos”³.

La acción divina no se concibe aquí solamente como sanción de culpas, sino también como auxilio del oprimido: “Dios tuvo piedad de nosotros”⁴.

La justicia de Dios se ve como socorro de los inocentes oprimidos, al tiempo que el ánimo del injusto se turba presintiendo la desdicha próxima⁵.

La Providencia, tema central de sus reflexiones, es a la vez enemiga de los malvados y defensora de los inocentes, y su presencia asegura la justicia que el débil no conseguiría de otro modo. En el presente caso la acción justiciera aparece concitada por el pesar de sus connacionales: el haber perseguido a los judíos será para Flaco causa de desgracia. Ese ambicioso, ávido de gloria, tal lo sindicia Filón, comenzará a padecer, providencialmente, en el momento en que los judíos, en el equinoccio de otoño, celebran su fiesta nacional bajo las tiendas⁶.

La narración de los hechos, como tendremos ocasión de ver, es prolija y particularizada. Si Filón se detiene en ellos no es por complacencia, ni para renovar el amargo recuerdo de las maldades de Flaco, sino porque en el precipitarse de los acontecimientos, nuestro autor se siente impresionado por la evidente intervención de la Providencia en las cosas humanas⁷.

Esto puede verse mejor si se considera lo percedero de su condición. Los bienes de la tierra son siempre pasajeros y la euforia del perseguidor pronto se volverá contra él. Los males que prodigó entre los judíos se le devolverán con creces. Ante el espectáculo, Filón no puede menos que entrar en una línea declamatoria, como si el respiro que le da la justicia abriese libre curso a sus esperanzas: “¡Rey de los dioses y de los hombres, es entonces verdad que te interesas por el pueblo judío!”⁸

² *Contra Flaccus*, pág. 204.

³ *Ibid.* pág. 236.

⁴ *Ibid.* pág. 236.

⁵ *Ibid.* pág. 237-38.

⁶ *Ibid.* pág. 242.

⁷ *Ibid.* pág. 254.

⁸ *Ibid.* pág. 259-61.

Flaco hace aquí figura de chivo emisario, el justo castigo vengó, en un solo cuerpo, tantos judíos injustamente muertos. Los sufrimientos materiales y morales de Flaco, sus angustias y el terror de sus últimos días son una prueba manifiesta de que Dios se interesa por el pueblo judío y no le niega su socorro⁹.

El período de prueba no pasó en vano, y la época, a pesar de los luctuosos acontecimientos que la señalaron, se muestra fructífera en enseñanzas: permitió conocer suficientemente que Dios vela sobre los negocios humanos, y en modo especial sobre la nación piadosa, a la que el Rey supremo, autor de todo bien y padre del universo, reconoce como a su pueblo y propia heredad¹⁰.

Refiriéndose a la muerte del joven nieto de Tiberio, ordenada por Calígula, Filón la interpreta como un designio de la Providencia, que por ese medio eliminaba las posibles disensiones que la convivencia de ambos hombres habría provocado en el Imperio con el riesgo de los partidos y la anarquía interior¹¹.

En la línea pragmática en la que Filón está colocado privan los elementos aleccionadores, el triunfo del bien sobre el mal, la presencia activa de la Providencia que conduce los acontecimientos a una meta en la que se compensan todos los desequilibrios. La peculiar posición de los judíos dentro del Imperio explica en parte la actitud del historiador. Hasta cierto punto resulta lógica su argumentación porque ¿qué hacer ante la fuerza sino refugiarse en actitud de minoría, en la creencia de los mayores cuya superioridad sentía? La misma dignidad con que defiende el patrimonio lesionado, alimenta las fuerzas de la esperanza. Por otra parte, sólo en una concepción trascendente del destino humano podían encontrarse las bases para una filosofía de la historia. En este camino, el choque del judaísmo con las formas estatales de la religiosidad romana preludeaba la lucha gigante que durante tres siglos libraría el cristianismo.

III

Al entrar en el nudo de nuestro tema tendremos ocasión de corroborar algunas observaciones anteriores: el hábil narrador se combina con el teorizador de la idea monárquica y el decidido defensor de la religión ancestral de su pueblo. Con argumentación sutil este experto pintor va enhebrando el tránsito de Calígula.

Podemos seguir así el nacer de la esperanza, el desarrollarse de una pasión malsana y el culminar de una locura invadiente.

A la muerte de Tiberio, el anhelo de los pueblos se congregó en torno a Calígula. ¿Qué hombre, dice Filón, al ver a Cayo dueño del Imperio de la tierra y de los mares, señor de un poder pacífico y bien organizado, conjugando las diversas partes en concordia, asociando el norte al mediodía y el oriente al occidente, los griegos a los bárbaros y los bárbaros a los griegos, vinculando en dichosa paz a soldados y ciudadanos, no se hubiera sobrecogido de admiración y estupor, pensando en la inmensa fortuna que le ponía en las manos la herencia de Tiberio: ricos tesoros,

⁹ *Ibid.* pág. 268-69.

¹⁰ *Legatio*, pág. 272-73.

¹¹ *Ibid.* pág. 295.

oro y plata en lingotes, en monedas o en copas, junto con otros objetos? Y a esto podía unirse la infantería, la caballería, las fuerzas de mar y los tributos, fluyendo como de una fuente inagotable. Su poder se extendía a las regiones principales del globo habitado, desde el Eufrates hasta el Rhin, tocando la Germania y otros pueblos salvajes y llegando a los límites de los partos, escitas y sármatas; comprendía su reino todos los países situados aquí y allá del océano y toda la tierra de oriente y occidente¹².

Los pueblos de todo ese dominio se alegraron. Jamás ningún emperador concitó una alegría tan universal; ya no se trataba de la simple posesión y uso de los bienes públicos y privados; lo que se esperaba, por intercesión del Cielo, era la plenitud de todas las prosperidades.

El entusiasmo era general; en todas las ciudades veíanse altares, víctimas, sacrificios, hombres vestidos de blanco que llevaban coronas sobre la cabeza y la felicidad pintada en los rostros. Por todas partes fiestas, regocijos, concursos musicales, juegos circenses, banquetes, conciertos de cítaras y flautas, esparcimientos y placeres de toda clase. Ricos y pobres, grandes y pequeños, acreedores y deudores, señores y esclavos, se confundían, ya que el acontecimiento había borrado todas las diferencias. El reino de Saturno, cantado por los poetas, no parecía ya una ficción de fábula, tales fueron, día y noche, la alegría y la seguridad en el seno de las familias y de los pueblos¹³.

Adviértase de paso la idea fundamental de la romanidad: la universal conjunción de intereses materiales y espirituales, que resplandece incluso en un hombre que representaba dentro del Imperio a una comunidad insular como quizá ninguna otra, pero que veía el conjunto desde la perspectiva alejandrina en la que se cruzaban las corrientes espirituales de tres pensamientos diversos aunque amalgamados.

En esta exaltación del orden romano reunido en torno al César, Filón preludiaba algunas posiciones cristianas posteriores, pudiendo advertirse que todos aquellos que vivían en el Imperio y participaban conscientemente de su gloria se sentían unidos a él por una fidelidad que iba mucho más allá del mero plano político.

Filón, como tantos otros, no era ajeno a ese sentimiento, y la misma euforia que resplandece en sus palabras nos está indicando que la admiración por el destino romano no le era ajena. De este modo puede comprenderse que una alegría romana fuese, en esos momentos, motivo de contento universal para todos aquellos que vivían en ese mundo y lo sabían delineado sobre el vértice de la ciudad imperial.

Esa euforia provocada por el advenimiento de Calígula se apagó bien pronto. Ocho meses después una grave enfermedad hizo pagar a Cayo los excesos a que se entregaba y que poco después pasarían del ámbito privado al dominio público.

Al morir Tiberio, su heredero cambió súbitamente la vida frugal que acostumbraba a llevar. A través de la hábil pintura de Filón lo vemos entregándose al vino y a la glotonería, hartándose de placeres que a la postre lo dejaban insatisfecho. Tomaba baños fuera de tiempo que le provocaban frecuentes vómitos, seguidos por nuevas orgías donde el vino y la comida

¹² *Ibid.* pág. 274-75.

¹³ *Ibid.* pág. 275-76.

se procuraban mutuas excitaciones. A esto unió otras veleidades, encenagándose con mujeres y jóvenes y dañando a un tiempo el cuerpo y el alma¹⁴. Todo ello es aprovechado por Filón para introducir una reflexión moral acerca de las ventajas de la sobriedad y el daño de la intemperancia.

La enfermedad de Calígula es un nuevo motivo para el florecer de la solidaridad romana. Torna a palpase la noción de una comunidad de intereses universales que se concreta, a pesar de la personal indignidad, en el César romano.

Cuando trascendió la noticia de la enfermedad del príncipe, entraba el otoño, y los mercaderes, aprovechando el mar aún propicio, efectuaban su última incursión, oportunidad que sirvió de vehículo a la transmisión del acontecimiento.

Toda alegría se cambió en duelo, ciudades y casas se llenaron de tristeza y el nuevo sentimiento sólo fué comparable al anterior. Las regiones de toda la tierra sufrieron con la enfermedad de Calígula, tanto más que el mismo príncipe, porque éste sufría en el cuerpo mientras que los pueblos se dolían en el alma. El relato le da ocasión para señalar el sentimiento que veía en el emperador no sólo al administrador de una vasta organización, sino también al protector de la comunidad, capaz de asegurar a la vez el orden y la prosperidad. De la pluma del historiador surge, espontánea, la imagen de futuras calamidades que se incubarán en la anarquía: el hambre, la guerra, los campos assolados, las ciudades saqueadas, los países devastados, el pillaje, el terror, el cautiverio, la muerte en fin. Para todos esos lúgubres presentimientos no había más que un remedio: la curación de Calígula. Cuando comenzó a circular la posibilidad de que esto aconteciese, reinaba en todas partes singular expectativa y al concretarse la buena nueva, todos por igual recuperaron su salud con la del emperador. Jamás, dice Filón, según lo recuerda la memoria de los hombres, ningún pueblo y país se entregó a semejante alegría como la que suscitó la curación de Cayo.

Su estilo adquiere aquí amplio vuelo metafórico y el acontecimiento se incorpora al mundo de los efectos mágicos: parecía que se cambiaban los rigores de una vida ruda y salvaje por las dulzuras de la civilización, se abandonaban los desiertos y cavernas para ingresar en el recinto de las ciudades y todos se alegraban de transformar una existencia errante y vagabunda por las leyes de un buen pastor al que sería dulce obedecer. Tal es, dice Filón, la ceguera de los hombres que lejos de discernir lo realmente útil y guiarse por las luces de la razón se embarcan en vanas apariencias y conjeturas. Bien pronto Cayo, arrojando la máscara de su hipócrita continencia, se mostraría tal cual era, evidenciando las inclinaciones que había velado bajo una hábil simulación¹⁵.

Su primer objetivo fué desembarazarse de todos aquellos allegados que de uno u otro modo podían oscurecer su fama o su poder. La primera víctima de este proceso eliminatorio fué su joven primo Tiberio, nieto del anterior emperador, el que por razones de edad y no obstante las preferencias del abuelo, había quedado como posible coemperador al entrar en la mayoría de edad.

¹⁴ *Ibid.* pág. 277.

¹⁵ *Ibid.* pág. 278-80.

Calígula pretendió que conspiraba contra él, acusación que al decir de Filón, tenía escaso fundamento, incluso por la edad del posible competidor que apenas entraba en la adolescencia. Quizá todo se debía a un temor retrospectivo, ya que, según se decía, de tener más edad, el abuelo lo hubiese preferido a él.

En este camino, el emperador procedió paso a paso. Con el pretexto de protegerlo lo adoptó, y de este modo, lejos de acercarlo al poder, lo alejaba. Al mismo tiempo, según lo dispuesto por la ley romana, el hijo quedaba sometido a la autoridad sin límites del padre, lo que en el presente caso no presagiaba nada bueno para el joven.

Hecho esto comenzó a acecharlo, sin cuidarse de su educación ni respetar sus derechos de nieto de Tiberio y por último provocó su fin.

Según el relato de Suetonio, Cayo envió a un tribuno a darle muerte. Filón cuenta las cosas de otro modo: Calígula exigió que el coheredero se diese muerte por sus propias manos, cosa que el joven hizo hiriéndose con un puñal en el sitio que le indicaron los esbirros del emperador. Esta fué la primera y última lección que recibió el desdichado joven¹⁶.

Ese no fué más que el primer paso en el camino del crimen. En seguida la emprendió contra Macrón, fiel amigo que le había servido con sus opiniones ante Tiberio y que favoreció así la decisión del viejo emperador, llegando incluso a garantizar personalmente la futura gestión de Calígula. Según insinúa Filón, parece que la mujer de Macrón no era ajena a esta devoción de su marido por el joven príncipe. Extraviado por la seducción de su mujer, Macrón andaba a tientas, ligándose a sus peores enemigos.

Honestamente deseoso de servir al emperador, se permitía aconsejarlo con frecuencia. Si sucedía que Calígula se durmiese estando a la mesa, lo despertaba con la convicción de que esa actitud no era ni honesta ni segura. Cuando se entusiasmaba con la danza hasta el punto de imitar a los danzarines, o festejaba ruidosamente los gestos de los mimos, o por la seducción del canto y la música acompañaba con la voz a los ejecutantes, Macrón le daba con el codo discretamente, esforzándose por contenerlo conforme a la dignidad de su condición. A menudo, inclinándose hacia él, le hablaba al oído y le sugería que se mantuviese en actitudes y continentes superiores como correspondía a su posición que le elevaba sobre el común de los hombres. Por otra parte, agregaba Macrón, no convenía al señor de la tierra y de los mares agitarse con las gesticulaciones de los mimos o la música de los flautistas, cuando, como correspondía a un pastor encargado de un rebaño, todas sus palabras, todas sus acciones debían contemplar una utilidad final y trascendente.

Los consejos de Macrón, expuestos con lujo de conceptos y palabras, traicionan un poco la opinión de nuestro autor que, aprovechando la ocasión, hace el panegírico del príncipe perfecto. Macrón se proponía hacer de Cayo un príncipe ejemplar, pero el emperador, petulante y malvado, seguía sus inclinaciones y caminaba en dirección contraria, rechazando a su sabio consejero. Cuando le veía llegar hasta él, se expresaba despectivamente ante los circunstantes y comentaba con ironía las pretensiones de Macrón, que se atrevía a enseñar el arte del gobierno a quien por sus antepasados y condición poseía desde antes de nacer la dignidad de emperador.

¹⁶ *Ibid.* pág. 281-84.

Filón abunda en detalles, diciendo que a Macrón se atribuían expresiones como éstas: “Cayo es mi obra y me pertenece tanto o más que a su padre, ya que por tres veces lo libré de la muerte”. Finalmente, Macrón y su mujer fueron obligados a darse muerte a pesar de las relaciones que se atribuían a la segunda con el emperador¹⁷.

El insaciable Calígula no había acabado aún. En seguida le llegaría el turno a su suegro Marco Silano, hombre de gran corazón e ilustre cuna. A pesar de haber perdido prontamente a su hija, siguió rodeando a su yerno con la solicitud de un padre y esperaba que Cayo correspondiese a ese afecto. Vana esperanza, dice Filón, ya que los consejos de Marco Silano seguirían el mismo camino que los de Macrón: Calígula ya no aceptaba nada que pretendiese contener el desenfreno de sus pasiones y también el suegro pasó a la lista de los muertos¹⁸.

La opinión pública, desconcertada por este aparente cambio de Calígula (aparente porque ya Filón insinuó lo dudoso de su conducta), buscó explicaciones capaces de justificar la mutación de su carácter. Así, la muerte del joven Tiberio habría prevenido el futuro asesinato de Cayo y la guerra civil. Al mismo tiempo, Macrón se habría perdido por su orgullo y presunción, y Silano, el pobre Silano, había creído posible ejercer un influjo que ya no justificaba su perdida condición de suegro en ejercicio.

Tales eran las consideraciones que se hacían porque nadie suponía que en tan poco tiempo el emperador hubiese podido variar su ánimo de tal manera.

Pero las intenciones de Calígula eran otras: al abatir a Silano pensaba hacerse temer por los senadores; desembarazándose de Macrón se imponía a los caballeros y finalmente al promover la desaparición de Tiberio, el joven atemorizaba a su familia. Atacando las cabezas esperaba sujetar los cuerpos¹⁹.

IV

Libre de los que imaginaba sus rivales u obstáculos, nada detiene a Calígula en el camino de la propia complacencia. No bastándole con ser un hombre, pronto aspirará a inscribirse en el número de los olímpicos. Según Filón, Cayo habría razonado de la siguiente manera: si los pastores son superiores al rebaño, qué no decir de mí, ductor del primero de los rebaños, el género humano, sino que soy superior al resto de los mortales y como tal de condición divina. El insensato, dice Filón, se penetró de la idea hasta el punto de tomar por realidades las ficciones de los poetas y no vaciló en mostrarse en público con los atributos de la divinidad.

Según apuntan Dión Casio y Suetonio, Agripa, rey de Judea, estaría en el número de los que sugirieron tal idea; pero nuestro autor se cuida muy bien de complicar a su amigo y connacional en tamaño proyecto.

Embarcado en la empresa, Calígula se apresta a darle cima íntegra y lógicamente. En primer término se iguala a los semidioses: Baco, Hércules, los Dióscuros, Trofonio, Anfiarao, Anfíloco y otros. Todo burlándose

17 *Ibid.* pág. 284-93.

18 *Ibid.* pág. 293-94.

19 *Ibid.* pág. 294-97.

de sus oráculos y fiestas, que comparaba, no sin sentirse superior, con el brillo de su potencia. Más tarde, como los actores en la escena, se revistió gradualmente con los atributos de esas divinidades.

A veces tomaba la maza y la piel de león, ambas de oro, para asemejarse a Hércules; otras, para acercarse a los Dióscuros, cubríase la cabeza con el bonete frigio; en ocasiones, con la corona de hiedra se asimilaba a Baco.

Cada una de las divinidades, dice Filón, se contentaba con los honores que le eran propios y no invadía otros campos. Cayo, por el contrario, acumulaba, a la manera del homérico Proteo, las metamorfosis más extrañas, superando al trimorfo Gerión, el que por lo menos podía espantar con su mole al que lo viese. El emperador tenía un refinamiento mayor, ya que con un solo cuerpo admitía todas las formas. Viene enseguida la reflexión moral: ¿Qué necesidad había de revestir los atributos de esos ídolos si no se imitaban las virtudes que se les asignaban? Todos fueron útiles a los hombres, y en el caso de los Dióscuros, un magnífico desprendimiento ilustró su condición. Y después de todo, dice Filón, ¿imitó Calígula a Hércules, siguió a Baco, o simplemente pretendió la inmortalidad para hacer más refinadas sus crueldades? Seguidamente apostrofa a Cayo: ¿Acaso como Hércules y Baco has endulzado la vida, tú, el verdugo de tu hermano y hermanas, que además ignoras el amor filial pretendiéndote hijo de Júpiter?

Pero no paró ahí el delirio de Calígula. Ascendiendo en los peldaños del Olimpo, pronto se pretendió igual a los mismos dioses Marte, Mercurio, Apolo.

Vistió la clámide, empuñó el caduceo y ciñó las taloneras, he ahí a Mercurio; coronase de rayos, sostiene con la izquierda el arco y las flechas, señala con la diestra a las Gracias, he ahí a Apolo; vedlo con coraza, casco y escudo, espada en mano, he ahí a Marte. A su vera, novísima escolta de Salios, marchan los asesinos prontos a convertirse en verdugos a una señal de ese sediento de sangre humana.

Y aquí una nueva comparación de nuestro historiador. ¿Qué indican esos adminículos que añade a su persona? ¿Acaso la intención de seguir a los dioses en su obra bienhechora o simplemente un trastrueque con significación opuesta? ¿Acaso lo que era en esos dioses principio de justicia y beneficio se torna en él desequilibrio y castigo? En lugar del mensaje, el golpe traicionero; en lugar de la salud, la enfermedad del crimen ¿y qué anuncian sus oráculos sino el exilio, la confiscación y la muerte?

¿En qué se parece al benefactor Marte, que, como lo indica su nombre griego de Ares, es el socorro y el aliento de los débiles, él que ama la guerra tanto como el verdadero Marte la odia?²⁰

El orgullo de Calígula completaría la obra. Para un hombre que pensaba ser la ley, toda tradición jurídica y legislación resultaban vana palabra. Los judíos que preocupaban a Filón pronto tendrían un buen ejemplo de ello²¹.

Ese sentimiento de autoestimación lo llevaba no sólo a proclamarse dios sino a creerse tal. En ese orgullo e insensatez era estimulado por los alejandrinos. Aquí Filón aprovecha para hacer un cuadro poco grato de los

²⁰ *Ibid.* pág. 298-300.

²¹ *Ibid.* pág. 309.

habitantes egipcios de la ciudad. Según nos dice, los egipcios son habilísimos en el arte de la adulación y la mentira, pródigos en seductores discursos y acostumbrados a trastornarlo todo con el desenfreno de la lengua. Habitados a honrar como dioses á Ibis y a las serpientes venenosas, poco les costó considerar tal a Cayo, que ignorando su idiosincrasia creyó que seriamente le atribuían tal carácter. Así al desequilibrio del príncipe se agregó la malvada ligereza de los egipcios en una unión cuyas víctimas serían los judíos²².

¡Qué distintos fueron sus antepasados, en especial el primer Augusto, aquel que habiendo tomado el poder por sí mismo, lo inauguró y transmitió a sus descendientes! Subió al gobierno en medio de las discordias y las luchas civiles en momentos en que los continentes e islas, siguiendo a ilustres caudillos romanos, se disputaban el Imperio. Asia y Europa sublevadas entrechocaban en furioso torbellino, tanto en la tierra como en el mar, arrastrando a los pueblos de las más lejanas fronteras. Esa lucha amenazaba acabar con todo el género humano, cosa que se hubiera cumplido sin la intervención del ilustre jefe de la familia de los Augustos, que mereció por eso el título de “genio tutelar”²³.

El César ilustre, conjurando las tempestades que se cernían amenazadoras en todos los puntos del horizonte, trajo la serenidad, remedió las calamidades públicas y restauró el poder. Puso fin al bandidaje y la piratería, hizo surcar los mares por transportes, dió libertad a las ciudades y promovió el orden por doquier. Extendió los límites de la civilización a las comarcas más alejadas, haciendo de ellas una nueva Grecia. Fué guardián de la paz y ecuánime dispensador de leyes, y en tanto vivió, fuente y dador de todas las prosperidades.

No obstante, ese hombre ilustre no gozó de tantos honores como Cayo, y eso que si alguno los merecía era él, primer bienhechor de la humanidad, que reunió en sus manos todos los poderes, conduciendo personalmente el timón de la nave estatal.

A Filón le falta aquí, y no debe extrañarnos, la necesaria perspectiva histórica. El juzgaba a los personajes en cuanto tales y no advertía que aún siendo inferior a Octavio, Calígula había avanzado más en la ineludible senda del poder absoluto, que, por otra parte, no era más que el lógico desenvolvimiento de la idea imperial.

No advertía que él mismo había puesto en boca de Augusto palabras como éstas: “No es conveniente que el poder pertenezca a muchos, porque la variedad de opiniones es la fuente de todos los males”²⁴.

Si esto era así, toda la evolución posterior, incluso en la arbitrariedad y el endiosamiento, podía preverse. Pero en el tono apologético en que se expresa Filón falta la frialdad indispensable al historiador para analizar los hechos sin comprometerse, por lo menos sin comprometerse demasiado.

El exceso de Cayo se acrecentará en sus sucesores, que aun sin su delirio compaginarán un absolutismo mayor.

Pero detrás de los motivos aducidos hay otra cosa que interesa a Filón y que pronto trasluce en la exposición. Es el trato que uno y otro emperador dispensaron a los judíos. La magnanimidad de Augusto

²² *Ibid.* pág. 326-27.

²³ *Ibid.* pág. 319-20.

²⁴ *Ibid.* pág. 321.

se opone al celo desmedido y la desorbitada autoestimación de Calígula. No se trataba tanto de la persona concreta del César, sino de su actitud frente al problema de las minorías judías. Por eso, detrás de Filón historiador hay que buscar al defensor de su pueblo y, en consecuencia, siempre el juicio interesado.

Las apreciaciones del Alejandrino sobre Calígula coinciden en general con lo expresado por las fuentes romanas. No cargó las tintas porque no necesitaba hacerlo, ya que el personaje se recomendaba solo.

Por otra parte es indudable que late en él un claro sentido de la dignidad de Roma, encuadrada en el marco imperial. Como más tarde los cristianos, Filón cree que es perfectamente compatible el dominio de Roma con la presencia de la dispersa comunidad judía, presente ya en casi todas las ciudades del Imperio. La única condición que pone es el libre ejercicio del culto nacional y la práctica de la vieja religión mosaica.

La Providencia, protectora tradicional de su pueblo, velaba por esa posibilidad y castigaba a aquellos funcionarios que osaban traspasar el límite persiguiendo a los judíos. De todos modos, sin ser un historiador en el sentido cabal del término, Filón sirve de base para comparar los datos de Tácito, Suetonio, Dión Casio y Flavio Josefo, y esta función realza indudablemente su utilidad.